

de tomar la Cruz de nuestro Señor, y decirme á mí misma: Hija de poca fe, ¿qué temes? ¿De qué tienes miedo? Verdad es que caminas sobre los vientos y las olas, pero á tu lado tienes á Jesucristo.»

A estas aficciones con que empezaba Dios á disponer á la señora de Chantal á que gustase la amargura del sacrificio que la iba á pedir, se juntó de repente una grande humillación, y después de esta humillación recibió una alegría, que la Santa estaba lejos de esperar. El Barón de Thorens, Bernardo de Sales, había sido preferido á otro caballero que había pedido también la mano de María Amada, y á fin de que el abuelo le fuese propicio, había encontrado medio de ganar á la criada. Esta, herida en su orgullo, quiso vengarse, y lo hizo contando al Barón relaciones falsas y calumniosas sobre la Santa, lo que irritó de tal modo el prevenido espíritu de este anciano, que al momento envió un propio con una carta, en que se quejaba amargamente al señor de Fremiot de la conducta de su hija. El Presidente se llenó de admiración, porque, á pesar de la confianza que su hija tenía en él, nunca le había dejado la señora de Chantal que sospechase siquiera lo que padecía en Monthelón, porque para padecer con mérito, quería sufrir en silencio. Pero instada por su padre, que la escribía y la mandaba se explicase, tuvo que decirle alguna cosa de lo que pasaba en Monthelón. La lectura de la carta de su hija hizo llorar al Presidente, y se enterneció tanto, viendo su virtud y sus padecimientos, que en toda la noche pudo descansar.

Al otro día, muy de mañana, la envió un propio con una carta lo más paternal y amorosa que se puede imaginar, quejándose cariñosamente del silencio que con él había guardado, y diciéndola dejase al instante una casa donde se la trataba con tanta indignidad. La Santa viuda era demasiado humilde para aceptar esta proposición, pero creyendo prudente separarse y dejar

la casa de su suegro por algún tiempo, propuso al Presidente la idea de hacer un viaje á la ciudad de Annecy, para dar á la señora de Boisy el gusto de ver á su futura nuera, y devolver á San Francisco de Sales y al Barón de Thorens la visita que éstos la habían hecho en Borgoña. El Sr. de Fremiot aprobó este proyecto, en el que consintió también el Barón de Chantal, y nuestra Santa partió para Saboya, llevando consigo á María Amada, la joven novia, y á su hermana Francisca. Celso Benigno, á quien sus estudios no permitían tan largo viaje, y Carlota, que aún era muy pequeña, se quedaron con sus abuelos.

«¡Dios mio, oh, y qué bien venida seréis, mi querida hija!—la escribe desde Annecy San Francisco de Sales en cuanto supo el proyectado viaje;—partir, pues, en el primer día bueno, después que descansen vuestro caballo; os deseo un felicísimo viaje, y que mi querida hija María Amada no se ponga mala con las incomodidades del camino; creo que llegando temprano por la tarde y haciéndola dormir bien, resistirá perfectamente el viaje.

» Mi madre desea que descanséis un poco en el castillo de Sales, donde os espera para acompañaros aquí, pero no creáis que estaréis allí sin mí; no, ciertamente, porque os esperaré en él, ó iré al momento que sepa habéis llegado. No escribo á vuestra comadre (1), porque tendremos tiempo para hablar largamente, y os confieso que me habéis dado mucho gusto en hacerla venir con el tren modesto que vos acostumbráis; si bien será preciso que yo la trate un poco á lo grande, para que á su vuelta pueda alabar mi magnificencia. ¿No véis cuán de buen humor estoy, y cómo se me alegra el corazón pensando en vuestra venida? (2)»

(1) La señora Presidenta Bruslard, que acompañaba á la señora de Chantal.

(2) Carta de fines de Febrero de 1609.

La señora de Chantal llegó á Annecy en la primera semana de Cuaresma de 1609, y fué recibida por toda la familia de Sales con extremada alegría. La señora de Boisy, sobre todo, estaba tan ocupada y contenta con su futura nuera, que hubiera querido quedarse con ella desde entonces; pero todavía no era tiempo, y aún debía pasar un año antes que los preparativos para el matrimonio de María Amada y la partida de la Santa se terminasen; porque, según la opinión de San Francisco de Sales, estos dos acontecimientos debían verificarse á la par.

La señora de Chantal pasó toda la Cuaresma en Annecy, permitiéndolo así Dios para que su gran reputación de virtud corriese por la ciudad y toda Saboya, y fuese como preparación para la obra proyectada. En efecto, todos los historiadores antiguos hablan de la profunda impresión que hizo la Santa en las señoras de Annecy. «Muchas señoras, hijas espirituales de San Francisco de Sales—dice la Madre de Chaugy—iban á visitarla y se volvían sumamente edificadas; otras lo hacían sólo por curiosidad, sabiendo que era una señora de alta alcurnia. Con las que eran dadas al mundo se portaba con más reserva, y hablaba con tanta eficacia de la desgracia á que conduce el amor del mundo, que muchas, después de haber hablado con nuestra Santa, iban á vestirse con más decencia y modestia, continuando así toda su vida. Otras también se quitaron sus pendientes, que no volvieron á ponerse nunca, y ni aun permitieron que sus hijas los llevasen, como tampoco empolvar sus cabellos ni concurrir á los bailes. Tanto y tan sólida y eficazmente las había convencido con sus ejemplos y palabras (1).»

Una joven religiosa de la Visitación, nombrada Angélica la Pesse, natural de Annecy, cuya madre era del

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy.*

número de estas señoras de que habla la Madre de Chaugy, dió en el proceso de canonización de San Francisco de Sales detalles aún más circunstanciados y de gran interés respecto á la impresión producida por nuestra Santa. «El ejemplo de la señora de Chantal—dice—hizo en el alma de aquellas buenas señoras muchas santas impresiones, que se aumentaron con las conversaciones que tuvo con ellas durante el tiempo que estuvo en esta ciudad. En los ratos que la visitaron, las persuadió con mucha eficacia á despreciar la vanidad del mundo; las reprendió por no cubrirse bien el pecho, por empolvase el cabello y llevar pendientes. Esto lo tomó mi madre para sí, y aunque era joven y recién casada, al entrar en su casa después de esta conversación, se quitó los pendientes y los dobló y rompió para no tener tentación de volvérselos á poner, y mandó hacer una cruz de oro, que toda su vida llevó colgada al cuello; después, cuando venía á verme al convento, me decía enseñándomela: «Hija mía, este es el fruto de la primera conversación que tuve con la Madre Chantal (1).»

Este perfume de piedad que se exhalaba de los labios y del corazón de la Santa, preparaba poco á poco la grande obra de la fundación. Los altos ejemplos de virtud que dió durante la Cuaresma de 1609, acabaron de ganarla todos los corazones. No salía, por decirlo así, de las iglesias; asistía á todos los Oficios, y maravillaba al mundo con su rara modestia. El Jueves Santo se vistió de blanco, y con un velo sobre el rostro, como las demás Hermanas penitentes de la Santa Cruz, asistió á la procesión general que sale á las diez de la noche, y que durante toda ella anda las iglesias visitando á nuestro Señor, expuesto en el Santísimo Sacramento

(1) *Proceso de canonización de San Francisco de Sales. Declaración de Angélica la Pesse, ad 12 interrogat.*

del Altar. A fin de unir la penitencia al fervor en esta noche dolorosa en que nuestro Señor, habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, bebió por ellos el amargo cáliz de su Pasión, la señora de Chantal se descalzó secretamente, y con los pies desnudos visitó todas las iglesias. Al otro día, aniversario de la muerte del Salvador, queriendo darle un testimonio especial de reconocimiento, renovó los votos que tenía hechos años hacia, y que eran á sus ojos como clavos sagrados que la crucificaban en la Cruz de Jesucristo nuestro Señor (1).

La larga estancia de la señora de Chantal en Saboya, tan útil por la impresión que su virtud hizo en los espíritus, lo fué mucho más por las frecuentes é intimas conversaciones que tuvo con su santo director. En ellas se discutieron, estudiaron y aclararon los planes y conjunto de la futura Congregación; también se pensó y examinó detenidamente qué había de hacerse para alcanzar el permiso del Sr. Presidente, del Barón de Chantal, del Ilmo. Sr. Arzobispo de Bourges y de toda la familia, porque en negocio tan grave se quería la autorización de todos los parientes antes de dar el más pequeño paso; cómo se proveería á la educación de los niños, á la buena administración de sus bienes, y, en una palabra, á su porvenir: porque era de todo punto imposible que una madre pensase en abrazar la vida

---

(1) Helos aquí, tal y como se encontraron, escritos y firmados de mano de la Santa:

«En este día, aniversario de la muerte de mi Salvador, el año mil seiscientos nueve, he renovado mis votos con nuevo é incomparable afecto, queriendo morir para siempre á mí misma y á todas las cosas, para vivir en la obediencia á la divina voluntad, á la cual me consagro absolutamente y sin reserva, para obedecerla en la persona del ilustrísimo Sr. Obispo de Ginebra, mi bueno y venerado padre espiritual; así me ayude mi Salvador con su gracia, y me reciba como de todo corazón me entrego á El. Amén.

«JUANA FRANCISCA FREMIOT.»

religiosa, sin haber arreglado antes y provisto completa y superabundantemente á todas estas cosas.

Después de cuarenta días de deliberaciones, exámenes y oraciones, estando todo determinado y resuelto, volvió la señora de Chantal á Borgoña para empezar los últimos preparativos. El espíritu que concibe una grande empresa, la sabiduría que pesa maduramente los medios, el valor y la energía que se dedican á cumplirla, habían preparado sucesivamente los elementos de la futura Congregación; faltaba solamente que el espíritu de sacrificio les comunicase la fecundidad y la vida; porque desde que Jesucristo rescató al mundo con la efusión de su sangre, el talento, la sabiduría y la prudencia pueden servir para preparar las obras, pero no se establecen ni viven sino por el sacrificio.

La primera persona á quien la señora de Chantal debía confiar sus proyectos, era el Presidente, su padre; y la revelación de ellos debía ser tanto más penosa, cuanto que el Sr. de Fremiot amaba en extremo á su hija, y estaba lejos de sospechar los proyectos que meditaba hacia largo tiempo, y que estaba próxima á realizar. Así, sintiendo que llegaba el terrible momento de descubrir á su padre el gran secreto, el corazón de la señora de Chantal se deshacía, y á pesar de la fortaleza de su alma, temblaba llegase la ocasión de hablar de este doloroso asunto. La tarde del día 24 de Junio de 1609, fiesta de la Natividad de San Juan Bautista, se hizo por fin en Dijón esta revelación importante. Toda la familia había ido á pasearse y ver los fuegos artificiales que era costumbre antiquísima celebrar en este día. Sólo el Presidente Fremiot había quedado en su despacho, ocupado en estudios que prolongaba hasta muy entrada la noche. La señora de Chantal resolvió aprovecharse de esta ocasión, pero en el momento de entrar se sintió muy conmovida. Lo que iba á decir á este buen padre era tan doloroso para su

corazón paterno, le iba á hacer derramar tantas lágrimas, le dirigia tan tiernas reconvenciones... Estos pensamientos la ahogaban; su corazón latía con tanta violencia, que le fué preciso detenerse y por último volver atrás, y, poniéndose de rodillas, orar, y orar largo tiempo. Nunca se comprende tan bien como en estas grandes aflicciones la gracia que Dios ha hecho al hombre convidándole por sí mismo á recurrir á Él por medio de la oración. La señora de Chantal se levantó reanimada, y entró resueltamente en el despacho de su padre. El día empezaba á obscurecer, y el Presidente no podía distinguir la turbación que se pintaba en el rostro de su hija. Demasiado prudente para entrar desde luego en el asunto, la señora de Chantal tomó la cosa de lejos, y representó á su padre lo mucho que sentía educar á sus hijos en el castillo de Montelhón, porque esta casa estaba tan desarreglada, los malos ejemplos que en ella se veían podrían ser tan funestos para sus hijas, que iban siendo grandecitas, y... El Presidente la interrumpió al instante, diciéndola que por qué se inquietaba así; que la mayor se iba á casar, y se la entregarían á la señora de Boisy, que la deseaba hacía tanto tiempo; que en cuanto á las dos pequeñas, ya era tiempo de llevarlas á las Ursulinas, donde se vería á qué estado se inclinaban. No quedaba más que Celso Benigno, y éste estaba á su cargo, y vigilaría por sí mismo su educación y estudios; de suerte que no tenía motivo para atormentarse y afligirse.

A estas terminantes palabras, la señora de Chantal, sumamente conmovida: «Mi bueno y querido padre —respondió latiéndola fuertemente el corazón;— perdonadme si me atrevo á deciros que, mediante este arreglo, me veo en libertad de seguir la vocación divina á que Dios me llama, inspirándome hace largo tiempo á que deje el mundo, y que me consagre enteramente á su santo servicio.»

No esperaba el Presidente Fremiot una respuesta semejante, y las lágrimas acudieron á sus ojos, sollozando después de modo que le fué imposible contestar. La señora de Chantal lloraba también. Por fin, el Presidente, aquel anciano venerable, que contaba casi setenta años, y que á un alma singularmente fuerte unía un corazón extremadamente sensible, venciendo su inmensa aflicción, empezó á reconvenir á la señora de Chantal de un modo tan tierno y tan doloroso que, según el testimonio de la misma Santa, Dios sólo pudo darle fuerza para que no se rindiese. Para calmar su dolor, le dijo que esto no era un asunto decidido, sino un proyecto que había querido confiarle como á su venerado y querido padre, y que le había hablado á fin de que le diera sus consejos y dictamen; y viendo que el Sr. de Fremiot se tranquilizaba con estas palabras, que le daban un rayo de esperanza, añadió que «el ilustrísimo Sr. Obispo de Ginebra sabía su proyecto, y no lo desaprobaba.» Al oír esto se recogió un instante el señor de Fremiot, y replicó: «Preciso es confesar que el Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra tiene el espíritu de Dios, y yo sólo os pido una cosa, y es, que nada resolváis sin que yo le haya hablado.» La Santa lo prometió, añadiendo «que no tenía apego ninguno á su dictamen,» y salió del cuarto de su padre profundamente conmovida, pero contenta con el buen camino que tomaba el negocio.

Algún tiempo después sufrió un nuevo asalto. Sabiendo que su hermano, el Arzobispo de Bourges, había venido á pasar las vacaciones con su padre en el castillo de Thotes, en Auxois, fué á buscarle para ver si le ayudaba. Su título de Obispo y su gran piedad, le daban mucho ascendiente sobre la familia, y esperaba que, teniéndole de su parte, no encontraría obstáculos. Pero apenas vió á su hermano el Arzobispo, cuando éste le declaró sin rodeos «que nunca pensase ni intentase

jamás dejarlos;» y criticando fuertemente su designio, trató de hacerle comprender que, la voluntad de Dios manifiesta, era que se quedase con su familia.

Como con un hermano no se tienen ni el respeto ni las consideraciones que se deben á un padre, la señora de Chantal le respondió con libertad que no podía dejar de hacer lo conveniente para su alma, que no buscaba más que á Dios, y que obedecería en todo á su Santo director, aun cuando la mandase vivir sobre una columna, como á otro San Simón Stilita, para todos los días de su vida.

El Presidente, por su parte, cada vez que veía á la señora de Chantal, insistía en que renunciase á su proyecto de retiro, y como todos los días leía las Santas Escrituras, que sabía de memoria, citaba á su hija textos tan exactos y concluyentes, que la dejaban algunas veces del todo indecisa.

Estos asaltos destrozaban el corazón de la señora de Chantal; la imagen de su padre, anegado en llanto, y de sus hijos abandonados, la perseguía sin cesar. Algunas veces creía que iba á cometer un crimen abismando en tan inmenso dolor á los que la habían colmado de tanto amor. Ciertos pasajes de la Escritura, citados por el Presidente en sus conversaciones, resonaban constantemente en sus oídos. De este modo, turbada hasta lo más íntimo de su ser, desolada en sus más vivas afecciones, la señora de Chantal rogaba á Dios se compadeciese de su situación, y le pedía le enviase la luz y la fortaleza de que necesitaba. Un día que derramaba su corazón en una oración ardiente como su dolor, una luz divina se esparció de repente sobre su inteligencia. Vió con esa inefable claridad con que conocen las almas favorecidas con estas maravillas, que en todas estas ternuras, muy legítimas en verdad, jugaba, no obstante, el diablo un papel muy importante, y oyó resonar en el fondo de su alma la enérgica palabra del grande

Apóstol: «Si yo agradase á los hombres, no sería siervo de Jesucristo.» Todas estas cosas eran armas que Dios la enviaba para defensa de la sensibilidad de su corazón. Desde este día se preparó con más valor para los últimos y crueles dolores de la separación.

Nada, sin embargo, podía decidirse sin la presencia de San Francisco de Sales. Este llegó, en fin, el 13 de Octubre de 1609. El matrimonio de María Amada con el joven Barón de Thorens, se celebró en la capilla del castillo de Monthelón. El Santo Obispo de Ginebra bendijo por sí mismo esta unión que, principiada al salir de la infancia, debía de ser de tan corta duración, y dejar en la memoria de los hombres un dulce recuerdo de la virtud más amable (1). ¿Quién no sentirá que los historiadores, ocupados con las dramáticas escenas de la partida de la señora de Chantal no hayan recogido ninguna de las palabras que el Santo dirigió sin duda á

(1) María Amada tenía, poco más ó menos, doce años; el joven Barón de Thorens tenía dieciséis. Algunas personas poco versadas en el conocimiento de las costumbres de los siglos XVI y XVII, criticarán un matrimonio entre dos niños. Pero sin entrar aquí en detalles y discusiones inútiles, nos contentaremos con decir que éstos eran entonces muy frecuentes en la clase alta de la sociedad. La señora de Montmorency se había casado á los catorce años (*Vida de la señora de Montmorency*, pág. 4); la señora de Capelis, á los doce años (*Vidas de las primeras Madres de la Visitación de Avignón*, pág. 3); la señorita de Nantes á los doce años (*Vida de la señora de Maintenon*, tomo III, pág. 392); Enrique II, Duque de Montmorency, á los trece años (*Vida del Duque*, por Ducros, pág. 8); la Condesa de Caylus, á los trece años (*Vida de la señora de Maintenon*, tomo III, pág. 402); María Adelaida de Saboya se casó á los doce años con el Duque de Borgoña, que tenía catorce (*Cartas inéditas de la Duquesa de Borgoña*); y en nuestros días la señora Recamier, á los trece años (*Memorias de ultratumba*). Los padres de la sociedad antigua ejercían sobre sus hijos una autoridad de que no tenemos hoy día ni aun idea. Despues de haberlos casado, fijaban ellos mismos la época en que los jóvenes esposos podrían vivir juntos. «Los casados—dice Dangeau—se separarán el mismo día de su matrimonio hasta que sean mayores.» (*Diario de Dangeau*, 24 de Mayo de 1685.) Hay necesidad de decir todo esto, á fin de que nadie piense que la señora de Chantal había apresurado este matrimonio y sacrificado á su hija, á fin de estar más libre.

estos queridos casados, pues que uno era hermano suyo, y la otra, la pequeña Amada, aquella que, según sus graciosas expresiones, debía ser la hermanita más amada entre las más amadas hermanas del mundo?

Al otro día de la boda, el Presidente Fremiot, San Francisco de Sales y el Arzobispo de Bourges se retiraron aparte, y poniéndose en la presencia de Dios, principiaron á deliberar sobre el gravísimo negocio de la vocación de la señora de Chantal. Durante este tiempo, postrada ésta en la capilla del castillo, oraba con fervor, pidiendo á Dios iluminase á San Francisco de Sales, y moviese el corazón del Presidente. Después de una larga conferencia, fué llamada nuestra Santa á la junta. No tenemos hoy día ni aun idea de lo que era un padre en la sociedad antigua. Ya se podía ser esposa, madre y ama de casa; delante de un padre no se veía más que á la hija. El Sr. de Fremiot multiplicó las preguntas, é hizo sufrir á la señora de Chantal un interrogatorio detallado, serio, y semejante á los que acostumbraba hacer en el Parlamento, y la Santa respondió á todo con la precisión y claridad que era una de sus más admirables dotes. Desplegando su vida entera delante de sus jueces, les explicó primeramente cómo había nacido y se había desarrollado en ella la inclinación á la vida religiosa, haciéndoles comprender que tenía todos los caracteres de divina. Explicó en seguida el estado en que había puesto y dejaba los bienes de sus hijos, las deudas pagadas, los pleitos concluidos, terminadas las querellas, y sin motivo para que nadie ni nada pudiese impedir el aumento debido á su fortuna. Trató después del porvenir de sus hijos; el Sr. de Fremiot había querido encargarse de Celso Benigno, y cuidar y vigilar sus estudios, confiados además á un excelente ayo. María Amada, casada desde el día anterior, iba á seguir á su esposo el Baron de Thorens á Saboya. No quedaban, pues, más que Francisca y Carlota, á quienes su madre

llevaría consigo para concluir su educación. Acabó diciendo á su padre y á su hermano, que «si no miraban más que á Dios sólo, encontrarían millares de razones para aprobar su designio.» Mientras hablaba de este modo, el Presidente Fremiot estaba estupefacto, viendo tanta y tan singular prudencia. «Verdaderamente—decía,—citando la Escritura según su costumbre, esta mujer ha considerado todos sus caminos, y no ha comido ociosa su pan.» El Arzobispo de Bourges estaba igualmente lleno de admiración. En cuanto á San Francisco de Sales, recogido en Dios, meditaba con dulce sonrisa, y sin decir palabra, en el feliz éxito de un negocio que tantas dificultades presentaba.

Faltaba un punto sobre el cual no se había hablado, y era saber en qué ciudad se había de establecer la casa adonde la señora de Chantal debía retirarse. El Presidente Fremiot quería que fuese en Dijón, en medio de sus parientes y amigas. El Arzobispo de Bourges prefería á Autun, á fin de que desde esta ciudad le fuese más fácil á su hermana cuidar de la hacienda de sus hijos. La señora de Chantal tomó entonces la palabra, y manifestó que era imposible dejar de establecerla en Saboya, pues que por una parte la obra naciente no podía pasarse sin la dirección y vigilancia de San Francisco de Sales; por otra, la joven Baronesita necesitaba de su madre, pues era demasiado niña para que se la dejase ir sola, y que era indispensable la acompañase á Annecy y viviese con ella algunos años, que nada la impedía llevar á Francisca y á Carlota y de este modo tendría en Saboya á todos sus hijos, excepto á Celso Benigno, el cual de todos modos tendría que separarse de su madre, aunque ésta se quedase en Dijón ó en Autun, pues que se acercaba el momento de enviarle á la Corte ó al ejército, según se inclinase á una ú otro. Además, que no habría inconveniente en que de cuando en cuando diese una vuelta á Borgoña para velar